



PUBLICACIONES DE LA
ACADEMIA NACIONAL DE
MEDICINA DE MÉXICO

CONFERENCIA MAGISTRAL
“DR. MIGUEL F. JIMÉNEZ”
HISTORIA Y FUTURO DE LA
MEDICINA EN TORNO A
DON MIGUEL F. JIMÉNEZ

Dr. Enrique Ruelas Barajas
Junio 28 de 2023

CONFERENCIA MAGISTRAL “DR. MIGUEL F. JIMÉNEZ”

“Historia y futuro de la medicina en torno a Don Miguel F. Jiménez”.

28 de Junio de 2023

Dr. Enrique Ruelas Barajas

Académico Honorario y Expresidente de la Academia Nacional de Medicina de México



PRÓLOGO

Estamos en el siglo XIX. Es 18 de julio de 1872. Don Miguel F. Jiménez ocupa por cuarta ocasión la presidencia de la Academia de Medicina de México de la que fue cofundador hace ocho años, en 1864, y presidente en 1865, 1866 y 1870. Imagino esta escena: don Miguel se ha sentado a la mesa y se dispone a comer después de atender a sus enfermos en el hospital e impartir su cátedra a los médicos que, como él, años más tarde habrán de construir la historia médica de este país. Escucha un caballo al galope que se detiene súbitamente frente al portón de su casa. Son aproximadamente las dos de la tarde. Piensa que han venido a buscarlo para atender con urgencia a algún enfermo, pero no es así. En su comedor recibe un sobre lacrado. Lo abre y lee con atención:

“Excelentísimo maestro:

Es mi obligación informarle al presidente de la Academia de Medicina de México que, a las once y media de esta mañana, falleció el señor presidente de la República, don Benito Juárez. Atendiendo a mi sagrada obligación profesional y al honor que me hizo al tenerme como su médico de cabecera, estuve a su lado hasta su último suspiro y pude así tratar de aminorar su dolor y acompañar también a doña Margarita y a su familia.

Le expreso el afecto de su discípulo y respetuoso amigo.

Rafael Lucio”

El doctor Lucio, ocho años menor que don Miguel, había sido presidente de esta Corporación en 1869, habiendo sido predecesor del tercer periodo como presidente del doctor Miguel Francisco Jiménez.

En *Noticias del Imperio* Fernando del Paso imagina los últimos momentos de don Benito a través de una agonía alucinante en diálogo con su médico de cabecera, y nos revela la posible última acción terapéutica para contener la evidente insuficiencia cardíaca del señor presidente:

“Y Benito Juárez sintió un gran dolor. Le tocó entonces el turno a un encapuchado blanco que se acercó con un lirio en la mano, y con el lirio le acarició el pecho... Se dio cuenta entonces que el tiempo se había trastocado, y que el alivio no había seguido al dolor ni el dolor había seguido al fuego sobre su pecho: el dolor había sido lo primero y lo último, lo único que había sentido durante ese delirio o sueño que estaba condenado a olvidar apenas abriera los ojos, y que lo que había y no sucedido además del dolor -todo y nada-, había durado menos que el segundo, o las fracciones de segundo que pasaron entre el instante en que sintió la primera y única quemadura y el momento en que abrió los ojos, vio al médico que tenía en una mano una especie de jarra humeante, se dio cuenta que el médico le acababa de echar un chorro de agua hirviendo en el pecho, y lo increpó:

¿Pero qué hace usted? ¿Qué no ve que me está usted quemando?, le dijo.

El médico le pidió perdón a Don Benito y le explicó que había tenido que acudir a ese remedio violento -derramar agua hirviendo en el pecho- para darle fuerza a un corazón que había casi dejado de latir y que tal vez, si fuera necesario -agregó y le abanicó el pecho- se tendría que aplicar de nuevo el mismo remedio, con el perdón y por supuesto y sobre todo con el permiso de Don Benito.

Así se hizo, y el corazón de Don Benito latió por unas horas más. Pero sólo por unas horas:

Benito Pablo Juárez García, Presidente de los Estados Unidos Mexicanos, falleció, de angina de pecho y con el pecho en carne viva, a las once y media de la mañana del día 18 de julio de 1872.”

Estos eran los tiempos de Don Miguel F. Jiménez a quien recordamos como un gran ejemplo para todos en esta siempre grata ceremonia de recepción a nuevos académicos desde 1967 cuando se creó la tradición de esta conferencia magistral, en la que hoy haré no un relato histórico sino el intento de una reflexión que, reconociendo el pasado y tratando de dilucidar nuestro presente, intente ver hacia el futuro.

Agradezco profundamente al doctor Germán Fajardo Dolci por esta muy honrosa invitación. Estimadas y estimados señora y señores ex presidentes, académico honorario, académicos, académicos a quienes el día de hoy recibimos con los brazos abiertos, invitados especiales todos:

EL ENTORNO DE DON MIGUEL

En 2014, en uno de los eventos conmemorativos de los ciento cincuenta años de la fundación de nuestra Corporación así imaginé a nuestros colegas decimonónicos: “1864 era un mundo de levitas, carruajes, lámparas de petróleo y antorchas para iluminar farolas. Apenas existía en este país una vía férrea de cinco kilómetros que, desde 1857, permitía el recorrido de la primera locomotora, ese invento del diablo -diría mi bisabuela- todavía al final de aquel siglo, de Tlatelolco a la Villa de Guadalupe. La Ciudad de México contaba 225,000 habitantes, el país entero ocho millones y medio, y el mundo un poco más de los mil millones. El

inventor del cinematógrafo nacía justamente ese año, al igual que el ilustre escritor, poeta y filósofo Miguel de Unamuno y, desde Ginebra, se proyectaba el Convenio de Derecho Internacional Humanitario y la emblemática Cruz Roja.”

En 1872, la muerte del presidente fue un hecho singular en la historia de la vida de un muy distinguido médico mexicano que en ese día de ese año presidía la Academia de Medicina de México por cuarta ocasión. Pero no fue un hecho aislado. El doctor Germán Somolinos D'ardois, primer orador de esta conferencia magistral describe así otro rasgo del trayecto vital de Don Miguel: “Jiménez constituye el vínculo vivo de unión y permanencia que une todas las instituciones académicas de México, desde la primera Academia de 1836 hasta la actual Academia de Medicina... podríamos seguir hablando de Jiménez y su obra durante varias horas. Considero, dijo el doctor Somolinos en 1967, que es la representación más auténtica de la clínica médica mexicana en los primeros cincuenta años de su vida independiente.”

El doctor Jiménez fue un típico prohombre que vivió en una época deslumbrante.

En la literatura, el Romanticismo tardío imperaba todavía en España, mientras en el resto de Europa ya se había adoptado el Realismo como corriente imperante, dejando testimonios importantes sobre los retratos sociales y la lucha de clases, que daría lugar a grandes cambios en el siglo XX. En música el Romanticismo continuaba con gran fuerza. Compositores como Schumann, Brahms, Mendelssohn, Tchaikovsky y Wagner estrenan obras de madurez. Hacia 1850 las artes plásticas optan por el Realismo, con grandes paisajistas como Millet, Corot y Sorolla. Propuestas estéticas que colaboraron en la transición al Impresionismo.

En 1859, Darwin publicó *El Origen de las Especies*; en 1864, cuando se fundó nuestra corporación, Pasteur acabó con el paradigma de la generación espontánea; en 1865, justamente durante la primera presidencia del doctor Jiménez, aparecieron las leyes mendelianas de la herencia; y en 1869 Mendeleev propuso la primera versión de la tabla periódica de los elementos. En 1876, año en el que murió Don Miguel, Alexander Graham

Bell patentó el teléfono, lo que permitió que, dos años después, el presidente Porfirio Díaz se comunicara por primera vez desde el Palacio Nacional al Castillo de Chapultepec.

La vida de Don Miguel transitó a través de grandes incertidumbres, de invasiones extranjeras y de una polarización social que dividió a la sociedad mexicana de entonces. Casi genéticamente he podido atestiguar la turbulencia de aquellos tiempos a través de la historia de mi bisabuelo, contemporáneo del doctor Jiménez. En 1847, Eligio Ruelas, joven subteniente del batallón fijo de México peleó contra los norteamericanos en las batallas de Candelaria, Churubusco y Chapultepec, cuando Don Miguel impartía clases de patología interna en la Escuela Nacional de Medicina y atendía a pacientes en el hospital de San Juan de Dios. Menor que Juan Escutia por cuatro años y mayor por dos años que Juan de la Barrera y por tres que Fernando Montes de Oca y Agustín Melgar, el subteniente Ruelas fue hecho prisionero por el enemigo el 8 de septiembre. El fatídico día 13 de ese mes en Chapultepec, cuando cayeron sus compañeros de armas recién egresados de el Colegio Militar, a Eligio lo salvó la prisión, de la que escapó el 29 de septiembre, quince días después. Fue General del Ejército Mexicano cuando Don Miguel era nuestro primer presidente. Las órdenes militares que recibió en tan sólo dos años dan cuenta de la inestabilidad del país. El 25 de mayo de 1865 se le designó comandante militar del departamento de Tula. El 5 de agosto de ese año recibió la orden para que marchara a prestar sus servicios a la península de Yucatán a donde arriba para recibir casi de inmediato una contraorden: retomar el cargo de comandante general de Tula por la amenaza de insurrección en Zimapán y Mixquihuala. Meses más tarde, ya en 1866, Don Miguel presidente por segunda ocasión, El general Ruelas recibe el nombramiento como comandante militar de la plaza de Mazatlán.

UNA ACADEMIA FORJADA PARA PERDURAR

Vuelvo a mi texto leído desde esta misma tribuna hace nueve años.

“Arribamos a través de los años hasta 2014. De aquel mundo nos queda su historia. La población del planeta

es ahora siete veces más numerosa, la de este país quince veces, y esta ciudad ha crecido en ochenta y cinco veces para llegar a millones desde aquellas centenas de miles. Pero, sin duda, la diferencia más deslumbrante es la del avance de la ciencia y de la tecnología en todos sus ámbitos. Cada día de este año se han publicado y se publicarán cuatro mil libros nuevos, y cada mes se realizarán más de dos mil millones de consultas a Google, este invento tal vez también del demonio, ubicuamente etéreo que se asemeja al Gilgamesh de cinco mil años atrás, aquel personaje de la mitología de Sumeria que todo lo ha visto, todo lo sabe, que ha recibido la merced de ver dentro de los lugares secretos y que viaja a los confines del mundo para regresar exhausto, pero íntegro.”

Me pregunto hoy ¿cómo ha sido posible este periplo de casi ciento sesenta años de la Academia Nacional de Medicina de México? ¿Qué características debe tener cualquier organización para perdurar de ese modo? Acudo a Jim Collins y Gerry Porras. En 1994 publicaron un libro titulado *Built to last*, traducido como *Empresas que perduran*. En éste, analizan las características de más de treinta empresas norteamericanas con más de cien años de historia. Para merecer su pertenencia a esta lista debían poseer, entre otras: ser ampliamente admiradas por sus pares, tener una larga trayectoria logrando impactos significativos en su entorno, ser prósperas durante largos periodos y contar con múltiples generaciones de líderes activos a través de los años. Esta Academia podría haber cumplido estos requisitos.

¿Qué es lo que caracteriza a estas organizaciones que perduran y podría explicar nuestra existencia más que centenaria?

De las diez características analizadas destaco algunas, las más conspicuas en nuestro caso desde mi punto de vista. Las empresas que perduran, las organizaciones como la nuestra que trascienden: construyen relojes, no dan la hora; no están sujetas a la tiranía de “una cosa o la otra”, estás conmigo o contra mí, pues son capaces de imaginar y lograr “una cosa y la otra”; preservan el corazón de sus valores pero estimulan el progreso; están convencidas de que, ser suficientemente bueno no es suficiente, aspirar a ser siempre mejor es siempre lo mejor; piensan que siempre es el inicio de algo

nuevo, atrevido, emocionante; y, finalmente, tienen liderazgos que surgen desde adentro, que conocen la cultura, que la preservan a ultranza.

LA ENCRUCIJADA

Como en otros tiempos, como casi siempre, la Academia transita hoy a través de encrucijadas que se convierten en acertijos desconcertantes, preocupantes, estimulantes.

Apenas estamos abriendo los ojos tras haber vivido una pesadilla: una de las pandemias más destructoras de la historia. Cotidianamente y a toda hora escuchamos noticias de muertos y muertas, de desgracias, maledicencias, agresiones y descalificaciones que empobrecen a quien no encuentra otra manera de ser o no entiende qué es. ¿Por qué tenemos que despertar para estar despiertos si pudiese ser tan fácil soñar que soñamos en paz?

Vivimos lo que he llamado la rima de las revoluciones: demográfica, epidemiológica, genómica, proteómica, telemática, informática, robótica, tecnología nanoscópica, cirugía endoscópica. Todas éstas perfilan un nuevo paradigma en la historia de nuestra civilización. Ilustremos una de éstas en nuestra propia historia. No es necesario acudir a los datos demográficos nacionales para demostrar nuestro envejecimiento como sociedad. Aquí mismo se demuestra:

La Academia Nacional de Medicina tuvo siete presidentes en sus primeros diez años de existencia. El promedio de edad de ellos al asumir la presidencia fue de 48 años. El mayor, Don Miguel F. Jiménez a los 52 en su primer periodo y, el menor, el doctor Carlos Alberto Ehrman a los 43. El promedio de edad de los seis presidentes que hemos asumido el cargo desde 2013 a la fecha es de 62 años, el mayor a los 69, edad que no llegó a alcanzar ninguno de aquellos presidentes decimonónicos, y el menor a los 55, siendo mayor que cualquiera de los primeros siete en aquel momento. La edad promedio de fallecimiento de aquellos fue a los 58 años. En 2020, en un periodo de siete meses, fallecieron nuestros tres presidentes decanos entonces: Silvestre Frenk en marzo, Víctor Espinosa de los Reyes en julio, y Guillermo Soberón en octubre, a los 96, 97 y 94 años respectiva-

mente. Hoy, rindo aquí un homenaje a cada uno de ellos, grandes mentores míos los tres y líderes queridos y muy respetados por todos nosotros.

Pero nuestra vida no sólo atraviesa un enorme cambio paradigmático en la ciencia y en la tecnología, pues como sombras se ciernen sobre nuestra sociedad nuevas formas de entender el comportamiento de la humanidad a las que muchos no estamos acostumbrados y tampoco nos gusta, más bien nos inquieta.

En la actualidad la velocidad con que ocurren los cambios desborda no sólo nuestra imaginación, sino también nuestras maneras de ser y de actuar. Tres características del mundo de hoy amenazan directa y contundentemente las maneras habituales de ser, del apego al deber ser. Las tres son matices de la misma realidad que nos envuelve: la posmodernidad, la posverdad y la normalidad maligna. Cabe señalar que no es mi propósito analizar cada una de éstas, sino esbozarlas para argumentar que los tiempos han cambiado y que las maneras tradicionales podrían haberse agotado o haber sido rebasadas. De este modo, intento provocar la necesidad de abrir la puerta hacia nuevos horizontes en consonancia con los nuevos tiempos para estar alertas, para defender lo que debe ser defendido, para conducir lo que deba ser conducido hacia los valores que preserven nuestro espíritu, nuestra humanidad.

La posmodernidad, como movimiento, se extendió desde de las artes hacia la filosofía y a la ciencia. Sus rasgos y límites generales son confusos, lo cual parece congruente con su propia naturaleza. Por ejemplo, la postura sobre la carencia de autoridad y objetividad inherente a cualquier texto, según la cual, cualquier afirmación puede ser falsa y verdadera simultáneamente -dependiendo del lector- en tanto que la verdad es sólo una cuestión de la perspectiva de quien juzga qué es cierto y qué no. La verdad, entonces, pierde su valor universal y de esta manera la realidad puede ser múltiple. Butler, describe estos rasgos de una manera inquietante: “[...] En nuestra sociedad de la información, paradójicamente, la mayoría de la información no debe ser creída... la actitud posmodernista es, por consiguiente, de sospecha que se acerca a la paranoia [...]”.

De esta manera, la posmodernidad es el mejor medio de cultivo para sostener que es posible hacer y decir cualquier cosa sin consecuencias negativas para quienes lo hacen y que, anteriormente, pudiesen haber sido considerados como infractores. Prácticamente, sin darnos cuenta hemos entrado en la era de la posverdad o 'mentira emotiva', definida como una "[...] distorsión deliberada de una realidad con el fin de crear modelos de opinión pública e influir en las actitudes sociales, en la que los hechos objetivos tienen menos influencia que las creencias personales [...]". Este concepto ha sido tan utilizado en los años recientes, que el Diccionario Oxford catalogó "posverdad" como "palabra del año" en 2016. Esto no es casual. Baste mencionar el término "Brexit" para encontrar un excelente ejemplo del manejo de la información en la era de la posverdad. Hoy en México, podríamos encontrar muchos, muchos ejemplos más.

Si el posmodernismo ha sido el caldo de cultivo para la era de la posverdad, la normalidad maligna es su ariete. Lifton, define la normalidad maligna como la "[...] aceptación gradual de mentiras por un público inundado de falsedades tóxicas que, de esta manera, pasan a ser normales [...]". Así, los límites para mentir se expanden mientras que los límites de lo ético se rompen para entrar fácilmente en el territorio de lo que hasta ahora era considerado como no ético. En este contexto, es posible trasgredir las normas que sustentaron anteriormente los comportamientos considerados como aceptables y, adicionalmente, es posible hacerlo sin consecuencias negativas. Este es el punto en el que el ilusionismo, sofismas hábilmente tejidos a través de una retórica no ética, se encuentra con el cinismo.

Así pues, si no se cree la "realidad" que alguien describe, es problema de la realidad porque es falsa. De esta manera, existe una realidad alternativa que es tan válida como la original. No hay duda de que ahora es posible interpretar la realidad como se quiera, mentir sin enfrentar consecuencias, y hacerlo cada vez más descaradamente y con altísimas posibilidades de ser exitoso sin parecer cínico, pues lo que antes era considerado como malo puede ser ahora normal para muchos.

Estas son quizás tres de las más conspicuas características del entorno en el que nos esforzamos por cumplir -y hacer cumplir- el deber ser, y hacerlo de manera

transparente ante la sociedad. Este es el tormentoso mar por el que navega la embarcación de la ciencia y de la política, de la vida cotidiana y de las experiencias trascendentes del hombre.

Agreguemos ahora solamente algunos conceptos que basta con mencionar para crear fascinación y preocupación en esta encrucijada:

"Teoría de caos o de sistemas adaptativos complejos". La realidad ya no puede ser vista como un fenómeno lineal, las interacciones liberan propiedades emergentes de los sistemas. No entendemos los fenómenos de hoy como pensábamos que los entendíamos antes. Para muchos, parece que todavía no entendemos que no entendemos.

"Hipercomunicación" que inquietantemente hace pensar que la instantaneidad hará que pronto el futuro arribará antes que el presente.

La "realidad virtual" y la "realidad aumentada" que, vuelvo a la disquisición anterior, propicia que se pierdan los límites entre lo que es y lo que creemos que es y tal vez no sea ¿o sí es?

En los últimos meses ha irrumpido sorprendentemente la inteligencia artificial, no porque no hubiésemos pensado en ella. El ser humano ha tenido presente este desiderátum desde siglos atrás.

Entre las atracciones de feria y los prodigios creados para la recreación de los nobles y las cortes, circulaban algunos raros casos de autómatas 'auténticos'. Estos mecanismos eran obra casi siempre del ingenio de los maestros relojeros afincados en las cortes reales de la época, como Juanelo Turriano en la corte de Carlos I y Felipe II. Sus creaciones eran auténticas maravillas de las artes mecánicas y tomaban diversas formas: pájaros cantores, monos u otros animales, y también androides, es decir, autómatas que imitaban el cuerpo humano o alguna de sus partes, además de sus funciones y movimientos. Un tipo muy peculiar de androide eran las cabezas parlantes, lo que pudo dar lugar a la aventura de la cabeza encantada a la que se dedica el capítulo LXII del Quijote: "Que trata de la aventura de la cabeza encantada, con otras niñerías que no pueden dejar de contarse". En él, don Antonio presenta a

Sancho y a don Quijote una cabeza de bronce asentada en una mesa de jaspe de una sola pata, de la cual asegura:

-Esta cabeza, señor don Quijote, ha sido hecha y fabricada por uno de los mayores encantadores y hechiceros que ha tenido el mundo, que creo era polaco de nación y discípulo del famoso Escotillo, de quien tantas maravillas se cuentan; el cual estuvo aquí en mi casa, y por precio de mil escudos que le di, labró esta cabeza, que tiene propiedad y virtud de responder a cuantas cosas al oído le preguntaren. (Quijote, Segunda Parte, Capítulo LXII)

Las cabezas parlantes estaban a caballo entre la mecánica y la magia, se creía que hablaban y aconsejaban a sus dueños y tenían la notable capacidad de predecir el futuro. Hay noticias de ellas desde el siglo XIII en el mundo árabe y gozaron de una amplia difusión en el siglo XVI y XVII, de ahí que Cervantes tuviera noticias de ellas o, incluso, que se haya topado con alguna en sus andanzas y peripecias.

Pero hoy, la inteligencia artificial, las cabezas parlantes, han llegado de verdad. Ya no son solamente sistemas algorítmicos que asisten al médico para lograr mayor certeza y precisión en diagnósticos y tratamientos. Este “ser” o lo que sea la inteligencia artificial que arribó de manera tan conspicua al final del año pasado, Chat GPT, parece haber sido un oráculo traído desde Delfos al mundo contemporáneo. Escribe mejor que cualquiera y aprende, ¡a p r e n d e! De la mano de la realidad virtual hablará mejor que cualquiera, se comunicará mejor que cualquiera. ¡No puede ser! ¡No será! ¿A cuántas cosas nos hemos resistido los seres humanos y hoy son? ¡Ya existen! ¿Qué será de la muerte cuando alguien preserve su voz, su imagen, su “inteligencia” para que, pese a que ya no exista, pueda seguir consolando, aconsejando y, por qué no, hasta molestando a los vivos, o dando consulta a pacientes que confíen más en ella que en la doctora del consultorio real?

Hoy, este invento nuevamente “diabólico” como los que he mencionado antes, podrá muy pronto semejar a un médico en una pantalla de computadora, indistinguible de uno real y dar una consulta y ser o parecer un experto, pero más importante aún, comportarse de

manera más amable, más empática, con una voz cálida, preseleccionada por supuesto, más humana que un médico humano. Por desgracia, o tal vez por fortuna, hoy no podemos cerrar categóricamente la puerta a esta posible imagen de un futuro que parece que puso ya el pie para que no se cierre.

Como con la inteligencia artificial, hemos de considerar también la necesidad imperiosa de aprender más sobre cómo crear salud y no sólo sobre aquello que produce la enfermedad. Es menester abrir la puerta también a la *salutogénesis*, no porque haya que descartar los conocimientos acumulados a través de los siglos sobre la *patogénesis* y seguirlos enriqueciendo, sino porque sabemos muy poco de cómo crear salud y seguimos insistiendo en descubrir opciones de prevención y curación bajo un paradigma que parece agotarse para enfrentar, por ejemplo, obesidad o diabetes. ¿Habrà que crear sistemas de salud duales? ¿Sistemas en los que existan campos de conocimiento y ejercicio profesional complementarios, uno para prevenir y atender enfermedades con la mayor calidad posible y otro para crear salud, con profesionistas que no pueden ser siempre los mismos: médicos y enfermeras? ¡Descubramos a otros, formemos a otros, inventemos un nuevo paradigma! Esta es otra puerta que debemos abrir cuanto antes y explorar para actuar responsablemente. Lord Nigel Crisp, ex director del National Health Service (NHS) de Inglaterra y actualmente miembro de la Cámara de los Lores del Parlamento Británico, expresa muy bien esta idea en el título del libro más reciente que ha publicado: *Health is made at home. Hospitals are for repair* (La salud se hace en el hogar. Los hospitales son para reparar).

De esta manera, los sistemas de salud podrán crear valor, verdadero valor para las personas, para las comunidades, para las poblaciones, entendido como el logro de la mayor salud y calidad de vida posibles para una población, con la mejor experiencia para las personas cuando son atendidas por un sistema de salud de alta calidad, en relación con el costo de servicios que no solamente los curen, sino que los hagan más saludables, individual y comunitariamente. En el Institute for Healthcare Improvement hemos impulsado el concepto denominado la *Triple meta*: mejor atención, mejor salud, costos más bajos, pero no a expensas de recortes presupuestales o cancelaciones

de compras o de salarios, sino de evitar el desperdicio, que es enorme en los sistemas actuales. Se trataría de lograr, en resumen: más vida, más sana para todos.

Esta Academia, bajo el liderazgo de su presidente realizará un congreso internacional con este propósito, “Hacia un sistema de salud basado en valor,” en enero de 2024. Pero no para construir al vapor con miras a un nuevo gobierno, no para llenar con alguna ocurrencia los espacios que pertenecen a la ciencia, sino para explorar responsable y sistematizadamente, alternativas que desde hoy nos dirijan hacia el mejor horizonte posible a 2050. Ver hacia mañana, pero empezando desde hoy, y hacerlo no sólo pensando en la mecánica de cómo lograr mejor financiamiento, acceso, gerenciamiento, tecnología, recursos humanos, resiliencia o transparencia, sino enfocando la atención en el alma misma del sistema: las personas, sanas y enfermas, profesionales y técnicos, todos los que son, a fin de cuentas, el sistema mismo, seres humanos. No tengo duda que debemos ser cada vez más humanos con los humanos y entre los humanos. Pero esto exige acabar con las confusiones. No usamos otro término que “diabetes” para saber qué es la diabetes. Ni otro que “infarto del miocardio” para definir al infarto del miocardio. En cambio, usamos “atención con humanismo”, “atención humanista”, “atención humanizada”, “atención personal”, “atención personalizada” para hablar de lo mismo. Pareciera que todos sabemos lo que queremos decir, pero en el fondo existe una gran confusión. Lo he demostrado fehacientemente a través de las encuestas que he realizado. ¡Llamemos a las cosas por su nombre!: “Atención humana”, definida como aquella “atención honesta, amable, confiable y respetuosa que crea confianza, que considera al otro como una persona plena y lo protege de ser dañado” (E. Ruelas).

También, debemos enfocar en este sistema de salud uno de los mayores desafíos muy poco atendidos en nuestro país: la equidad. La primera línea del libro del doctor Sir Michael Marmot, *The Health Gap. The challenge of an unequal world* (La brecha de la salud. El desafío de un mundo desigual) a quien hoy nos honra recibir en el seno de esta Academia, es más que elocuente: “¿Por qué tratamos a las personas y las regresamos a las condiciones que los enfermaron?”

EPÍLOGO

Estos son algunos cuantos signos del concepto de “vida líquida” que nos ha legado Bauman: inasible, dinámica, fluidamente vertiginosa, intrigantemente fascinante y desafiante.

¿Qué debe ser esperado de la Academia Nacional de Medicina de México en esta encrucijada? ¿de quienes hoy se incorporan a su membresía? ¿de todos los académicos? Puedo resumirlo en una palabra: liderazgo. Pero ¿qué debe ser esperado de un líder? De entre miles de definiciones, tal vez millones, a través de muchos años de estudio sobre el tema me he quedado con la descripción de Kouzes y Posner. De un líder esperamos visión, comunicación, inspiración, habilitación y ejemplo. En tiempos turbulentos como éstos es indispensable no perder la imagen que nuestros valores deben proyectar hacia el futuro. Enredarse en diatribas que a veces descienden hasta la vulgaridad, nos anclan en el presente condenándonos a una reactividad estéril. Inspirar es fundamental para transitar con todos a través de la incertidumbre. He dicho “todos” deliberadamente, pues no debemos ser unos o los otros, debemos ir todos: es nuestra Academia, es nuestro entorno, es nuestro país. Todos debemos tener los mismos derechos, las mismas opciones, más vida, más sana. Kissinger, el admirable centenario que sigue escribiendo, ha dicho en su más reciente libro que los líderes deben tener las cualidades del artista que siente y que sabe cómo esculpir el futuro utilizando las herramientas del presente. Veamos hacia adelante, construyamos lo que queremos que sea, inspiremos, seamos ejemplo, pero, sobre todo, preservemos a toda costa los valores más caros de nuestra civilización que encarnan en seres humanos ejemplares por su bondad, por su sabiduría y por su honestidad y por su generosidad.

Volvamos al siglo XIX...

1876 fue un año triste para esta Academia como lo fue 2020. Tres de sus prohombres murieron en un periodo de cinco semanas. El 25 de marzo el doctor José María Vértiz, el 2 de mayo el doctor Leopoldo Río de la Loza y entre ellos, el 2 de abril, el doctor Miguel F. Jiménez, nuestro presidente en cuatro ocasiones. En su ceremonia luctuosa frente a su ataúd hablaron diez y siete

oradores. El último de ellos fue otro preclaro académico, don Gabino Barreda. Aquí el final de su pieza:

“¡Descansa en paz, Maestro venerado! ¡Descansa en paz, amigo sincero y leal! La historia en nombre de la ciencia viene por nuestra mano a colocar sobre tus sienes la corona de la inmortalidad: tu nombre permanecerá siempre rodeado de la aureola de la verdadera gloria. Los progresos que te debimos permanecerán; la semilla que sembraste fructificará, y los frutos aumentarán los timbres de tu gloria. ¡Descansa en paz, goza ya de tu recompensa!”

Regresemos al siglo XXI...

Es 28 de junio de 2023. Esta ceremonia en la que ingresan nuevos colegas de don Miguel, en este recinto ante su retrato, es una muestra más de esa recompensa.

Mi felicitación y bienvenida a cada uno de ustedes. Su liderazgo académico nos enriquecerá como la vida de Don Miguel ha iluminado nuestra historia. Mi agradecimiento reiterado a nuestro presidente, doctor Germán Fajardo Dolci, por el honor que me ha conferido. A todos ustedes, por haberme escuchado, muchas gracias.

